

Carta de Colombia. La revista *Eco* (1960-1984)

Juan Gustavo Cobo Borda

Cuando en mayo de 1960 apareció el primer número de *Eco*, una revista de 112 páginas, en la Bogotá todavía un tanto prejuiciosa y colonial, no había muchas razones para augurarle una larga vida. Las empresas culturales tenían el sino de lo precario y en muchas cosas subsistieron gracias al mecenazgo personal de alguien ligado a las artes, como el poeta Jorge Gaitán Durán y su revista *Mito* (1955-1962).

En todo caso, *Eco* fue fundada y mantenida por Karl Buchholz desde su torre de Babel de la Avenida Jiménez número 8-40, con el apoyo del gobierno alemán a través de Inter Naciones, quien adquiría cierto número de ejemplares para distribuir entre sus embajadas ante los países de habla española. Pero ésta, como tantas otras empresas de Buchholz, era inconfundiblemente suya. Sus librerías y galerías lo habían llevado por medio mundo: Berlín, Bucarest, Lisboa, Madrid y ahora, también, Bogotá, donde seguían combinando su generosidad con el respeto por el trabajo intelectual. Buchholz amaba el arte y era un entusiasta y fervoroso divulgador.

Así como muchas personas eran por él animadas a llevarse, sin ninguna garantía, cuadros para sus casas o negocios, con el fin de mirarlos despacio y ver si podían convivir con ellos, la revista era también un motivo para compartir devociones y hacer más grata y enriquecedora la atmósfera que se vivía en esos siete pisos, llenos de libros que eran ya un ineludible referente en la vida cultural bogotana y un centro de actividad creativa.

La revista se empeñó con muy buen éxito en mantener una calidad sostenida y alerta, preocupándose desde su número inicial en divulgar a aquellos escritores alemanes que podían interesar al público hispanohablante y cuyos textos, por entonces, eran de muy difícil o nulo acceso en nuestra lengua.

No quisiera reducir esta crónica a un simple catálogo pero es necesario citar extensamente la nómina de colaboradores cuyos aportes se repitieron con frecuencia en las páginas de *Eco* para mostrar no sólo

cómo incidieron, en su momento, sino que trascendieron la coyuntura y quedaron como referencias ineludibles, en lo novedoso de sus propuestas o en la revisión crítica de lo que habían sido.

La revista, por ejemplo, dedicó números especiales a figuras como Hölderlin, Nietzsche y Bertolt Brecht, preparados con atención minuciosa y largo tiempo. Algunos, como el de Nietzsche, por la demanda suscitada, debieron convertirse en libros de la editorial Temis.

Eran, no olvidemos, los años de la Guerra Fría y de una Alemania dividida y no sólo por el muro de Berlín. *Eco* no era una revista de propaganda a favor de la democracia y el mundo libre. Era la democracia y el mundo libre ejercidos con dinámica intensidad en América Latina. Theodor W. Adorno, Hannah Arendt, Walter Benjamin, Gottfried Benn, Ernst Bloch, Heinrich Böll, Hermann Broch, Elías Canetti (con un número especial por su Premio Nobel, el 245, de marzo de 1982), Paul Celan, Alfred Döblin, Hans Magnus Enzensberger, Günter Grass, Stefan George, Hans-Georg Gadamer, Jürgen Habermas, Edmund Husserl, Peter Handke, Martin Heidegger, Hermann Hesse, Georg Lukács, Hans Robert Jauss, Herbert Marcuse, Thomas Mann, Robert Musil, Georg Trakl, Max Weber, Peter Weiss.

He aquí unos nombres que se repiten con frecuencia repasando sus páginas, sin olvidar a Goethe y Kant, los hermanos Humboldt, Hegel y Rilke, Freud, Ernst Jünger, Wittgenstein y el Círculo de Viena. *Eco*, en Hispanoamérica, fue pionera y reveladora, tanto de la revisión del marxismo como de la Escuela de Frankfurt. A los nuevos planteamientos en ciencia, filosofía, psicoanálisis, sociología, música e incluso ecología y urbanismo, *Eco* fue añadiendo y naturalizando a autores hasta entonces secretos como Walter Benjamin, mediante la traducción de sus trabajos sobre la obra de arte en la época de su reproducción técnica y sus aproximaciones a la historia de la fotografía. Hannah Arendt dedica una semblanza a esta desamparada y trágica inteligencia humana en su punto más alto, desde donde veía escaparse o traspapelarse su plenitud posible y que lo condujo al suicidio en la frontera francoespañola.

Eco también transmitió el inextinguible horror que el nazismo seguía emitiendo y los debates éticos que implicaba, como lo registran los muy variados artículos de George Steiner al respecto. Cuando lo visité en la Universidad de Stanford, en Estados Unidos, y le entregué al menos cuatro números de *Eco* con textos suyos traducidos al español, se admiró de que una revista colombiana estuviera tan atenta a sus reflexiones y me insistió en no preocuparme por conseguir autorizaciones de sus editores. Me abrumó con separatas y artículos nuevos,

consciente de que las revistas minoritarias mantienen viva la continuidad ineludible de la cultura gracias al arte de la traducción.

Pero lo notable de *Eco* no es que sirviera, de puente entre Colombia, América Latina y Europa para transportar lo escrito en alemán: fue lograr que dicha cultura se nacionalizase colombiana y latinoamericana sin perder altura ni carácter, y diese cabida en sus páginas a la auténtica explosión mutifacética de aquellos narradores que conformaron el *boom* de la novela latinoamericana y que, con sus textos, honraron las páginas de *Eco* con primicias indudables: allí quedó un capítulo de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, antes de editarse como libro en 1967. Otros textos, inéditos en el momento, se conocieron con las firmas de Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, José Lezama Lima, Guillermo Cabrera Infante y Manuel Puig, por citar sólo algunos.

Tampoco cabe olvidar a los más relevantes poetas del momento: Octavio Paz, Enrique Molina, Gonzalo Rojas, Ernesto Cardenal, etc. Pero lo decisivo, dada la índole de *Eco*, era el seguimiento crítico de la evolución, antecedentes, virajes y cambios de una narrativa a través de la plana mayor de la crítica literaria latinoamericana, donde Emir Rodríguez Monegal convivía con Ángel Rama, José Miguel Oviedo con Guillermo Sucre y Noé Jitrik con Julio Ortega. Desde una revista inicialmente alemana hecha en Bogotá, todo el continente se había unido en el análisis de su cultura, sus logros y precariedades sociales (pobreza, insuficiencias universitarias, inmensas desigualdades en la pirámide social) con la respuesta, desde las artes, a estos fenómenos. El célebre libro de Guillermo Sucre *La máscara, la transparencia*, la mejor visión de la poesía latinoamericana del siglo XX, fue casi todo editado en las páginas de la revista.

No debemos olvidar tampoco la dedicación de *Eco* a las artes plásticas. La secuencia inicial de Picasso a Paul Klee, de Rubens a Rembrandt, se fue también delimitando en la revelación de la pintura latinoamericana del momento, de la cual Godula Buchholz, desde su galería en Alemania, fue ferviente abanderada. La primera salida al mundo de Fernando Botero, se debió a sus buenos oficios en 1968 y así sucedió con otros pintores de este continente. La traducción de los artículos sobre su obra en Alemania dialogaba con los trabajos de Marta Traba y Damián Bayón, desde América y París, respectivamente, rastreando sus caracteres. No es de extrañar que Botero hiciese una notable serie de cuadros y dibujos con el título de *Durero-Botero*, una forma más de mostrar una fusión positiva y estimulante.

La amplitud generosa de *Eco* no limitaba sus páginas a la vertiente germánica. Francia irrumpía con fuerza a través de las firmas de Maurice Blanchot, Louis Althusser, Jacques Derrida y Roland Barthes, al igual que con el revelador ensayo-biografía de Marguerite Yourcenar sobre Kavafis. Lo mismo podría decirse con respecto a Estados Unidos y Brasil, a cuya literatura se dedicó un número íntegro (229, noviembre de 1980).

El equipo intelectual que realizó *Eco* desde Colombia mantuvo una curiosidad reflexiva y una atención analítica a los diversos campos de su especialidad, sin olvidar en ningún momento la creación misma. Tal es el caso de tantas páginas de Álvaro Mutis aparecidas por primeras vez en *Eco*, lo mismo que los ensayos de Fernando Charry Lara sobre poesía, los de Carlos Patiño Roselli sobre lingüística, los de Jaime Jaramillo Uribe y Germán Colmenares sobre historia, así como las muy variadas traducciones de Hernanda Valencia, Nicolás Suescun, Ernesto Volkening, Ramón Pérez Mantilla y Carlos Rincón. Un discreto y asiduo visitante de la librería Buchholz, Nicolás Gómez Dávila, vio publicados en sus páginas algunos de sus *Escolios a un texto implícito*, ahora ya traducidos al alemán, al francés y al italiano, y a los cuales se ha dedicado la monografía de Till Kinzel: *Nicolás Gómez Dávila. Parteigänger verlorener Sachen* (Antaios, 2003). Los frutos de *Eco* vuelven, transformados, a la tierra que les dio origen.

Los sucesivos redactores de la revista fueron: Else Goerner, Hernando Valencia Goelkel, Nicolás Suescun, Ernesto Volkening y Juan Gustavo Cobo Borda. Un libro: *Eco. 1960-1975. Ensayistas colombianas* (Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975), registra la activa participación de *Eco* en el desarrollo cultural colombiano.